



ESCUELA DE LA
palabra

HOJA PARA LA LECTURA ORANTE DEL Evangelio

Curación del Ciego de Nacimiento
Jn 9,1-41

Vio, al pasar, a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos: —Rabbi, quién pecó, ¿él o sus padres, para que haya nacido ciego? Respondió Jesús: —Ni él pecó ni sus padres; es para que se manifiesten en él las obras de Dios. Tenemos que trabajar en las obras del que me ha enviado mientras es de día; llega la noche, cuando nadie puede trabajar. Mientras estoy en el mundo, soy luz del mundo.

Dicho esto, escupió en tierra, hizo barro con la saliva, y untó con el barro los ojos del ciego y le dijo:

—Vete, lávate en la piscina de Siloé (que quiere decir ‘enviado’). Él fue, se lavó y volvió ya viendo. Los vecinos y los que solían verle antes, pues era mendigo, decían: —¿No es este el que se sentaba para mendigar? Unos decían: —Es él.

—No —decían otros— sino que es uno que se le parece. Pero él decía: —Soy yo. Le dijeron entonces: —¿Cómo, pues, se te han abierto los ojos? Él respondió: —Ese hombre que se llama Jesús hizo barro, me untó los ojos y me dijo: «Vete a Siloé y lávate.» Yo fui, me lavé y vi. Ellos le dijeron: —¿Dónde está ese? El respondió: —No lo sé.

Lo llevan donde los fariseos al que antes era ciego. Pero era sábado el día en que Jesús hizo barro y le abrió los ojos. Los fariseos a su vez le preguntaron cómo había recobrado

la vista. Él les dijo: —Me puso barro sobre los ojos, me lavé y veo. Algunos fariseos decían: —Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado. Otros decían: —Pero, ¿cómo puede un pecador realizar semejantes señales? Y había disensión entre ellos. Entonces le dicen otra vez al ciego: —¿Y tú qué dices de él, ya que te ha abierto los ojos? El respondió: —Que es un profeta.

No creyeron los judíos que aquel hombre hubiera sido ciego, hasta que llamaron a los padres del que había recobrado la vista y les preguntaron: —¿Es este vuestro hijo, el que decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora? Sus padres respondieron: —Nosotros sabemos que este es nuestro hijo y que nació ciego. Pero, cómo ve ahora, no lo sabemos; ni quién le ha abierto los ojos, eso nosotros no lo sabemos. Preguntadle; edad tiene; puede hablar de sí mismo. Sus padres decían esto por miedo por los judíos, pues los judíos se habían puesto ya de acuerdo en que, si alguno le reconocía como Cristo, quedara excluido de la sinagoga. Por eso dijeron sus padres:

CUARTO DOMINGO DE
cuaresma

A

Autor: Mn. Teodor Suau i Puig



«Edad tiene; preguntádselo a él.» Le llamaron por segunda vez al hombre que había sido ciego y le dijeron:

—Da gloria a Dios. Nosotros sabemos que ese hombre es un pecador. Les respondió: —Si es un pecador, no lo sé. Solo sé una cosa: que era ciego y ahora veo. Le dijeron entonces: —¿Qué hizo contigo? ¿Cómo te abrió los ojos? Él replicó:

—Os lo he dicho ya, y no me habéis escuchado. ¿Por qué queréis oírlo otra vez? ¿Es qué queréis también vosotros haceros discípulos suyos? Ellos le llenaron de injurias y le dijeron: —Tú eres discípulo de ese hombre; nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios; pero ése no sabemos de dónde es. El hombre les respondió: —Eso es lo extraño: que vosotros no sepáis de dónde es y que me haya abierto a mí los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores; mas, si uno es religioso y cumple su voluntad, a ese le escucha. Jamás se ha oído decir que alguien haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento. Si este no viniera de Dios, no podría hacer nada. Ellos le respondieron: —Has nacido todo entero en pecado ¿y nos da lecciones a nosotros? Y le echaron fuera. Jesús se enteró de que le habían echado fuera y, encontrándose con él, le dijo:

—¿Tú crees en el Hijo del hombre?

Él respondió: —¿Y quién es, Señor, para que crea en él? Jesús le dijo: —Le has visto; el que está hablando contigo, ese es. Él entonces dijo:

—Creo, Señor. Y se postró ante él. Y dijo Jesús: —Para un juicio he venido a este mundo: para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos. Algunos fariseos que estaban con él oyeron esto y le dijeron: —Es que también nosotros somos ciegos? Jesús les respondió: Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; pero, como decís que veis, vuestro pecado permanece.

LECTURA

Un texto largo, el de hoy. Un texto muy pensado y redactado con la intención de que el lector oyente extraiga de este conclusiones importantes. Regresamos al evangelio de Juan que durante esta Cuaresma está más presente los domingos que el de Mateo. El tema del agua es uno de los preferidos por el autor del cuarto evangelio. De hecho, en la narración de hoy nos dirá: «Vete, lávate en la piscina [...] Él fue, se lavó y volvió ya viendo.» La alusión al Bautismo es evidente y muy oportuna en este tiempo en que los catecúmenos se preparan para recibirle y el resto de los cristianos damos gracias por haber tenido la suerte de participar en este sacramento. Ya tenemos, por lo tanto, un motivo para nuestra meditación/plegaria: tomar consciencia de lo que supone ser bautizados y haber entrado desde hace tantos años en la familia de Dios.

Un texto largo, hemos dicho. Podemos añadir: una página especialmente densa y repleta de significados para la vida cristiana. Nosotros invitaremos a nuestros lectores a centrar la atención en dos momentos de la narración.

Primero, la idea de Dios que el texto propone, según el mensaje de Jesús de Nazaret. «¿Quién pecó, él o sus padres, para que haya nacido ciego?», preguntan los discípulos. La pregunta nos puede parecer algo extraña, a nosotros, gente postmoderna, para quienes la persona es sagrada y el sujeto exclusivo. No podríamos entender que, a nadie, alguien pidiera cuenta de faltas cometidas por cualquiera que no fuera él mismo. ¡No faltaba más! Pero entonces no era así. La convicción extendida por todo y compartida por todos era que la primera característica del Dios de Israel era la justicia. Hasta el punto de que su reacción ante el pecado manifestaba su verdad: Dios castigaba el pecado porque era su obligación primera y así mantenía el orden, la paz y el sentido de la vida y de las cosas. La justicia de Dios tenía un referente único: la Ley. Cumplir la Ley era obtener el favor de Dios; infringirla era pecar, hacerse merecedor del castigo divino. Y esto era muy importante, causa de infortunio para el



pueblo: el pecado de cada uno de los israelitas se encontraba en el origen de la derrota en la guerra, del hambre, de las muertes por accidente... Dios era Dios porque era justo. Y si no existía la oportunidad de castigar el pecado de los padres, entonces esta justicia exigía que se hiciera con los hijos. Naturalmente, un ciego de nacimiento no había tenido tiempo de pecar. En consecuencia, la pregunta de los discípulos era estrictamente lógica con la religiosidad del tiempo. Es posible que lo pregunten, porque no les parece muy lógico que los hijos deban pagar por los pecados de sus padres. Pero existe el hecho del pecado original y la imposibilidad de encontrar una razón para la ceguera de quienes nacen ciegos, ya que la enfermedad y la desgracia son la forma más normal de manifestar la justicia de Dios. Recordemos a Job: ante la incomprensible situación del pobre enfermo, sus amigos, repletos de buena voluntad, le dicen: «¡Busca tu pecado!» ¡Porque si hay enfermedad, desgracia o accidente, es a causa del pecado y solo a causa del pecado! «Busca tu pecado, Job —le dicen—, y así podrás pedir perdón. Dios, que es justo, pero también misericordioso, te perdonará y las cosas volverán a ser como antes.» Pues bien, Jesús no lo entiende así. No hay un castigo en el origen de las cosas malas que pasan a los pobres hijos de Adán. El Dios que libera —Jesús es el Mesías, no lo olvidemos— no es el Dios de la justicia entendida así; la Ley no es la única forma de experimentar a Dios en esta nuestra historia, tan espesa, tan difícil de entender. No. El Dios del que Jesús nos habla es otra, otra cosa muy diferente: es el Dios que abre los ojos para que todos puedan ver la auténtica realidad y reencontrar el auténtico nombre de las cosas. «Es para que se manifiesten en él las obras de Dios.» Y Jesús añade: «Mientras estoy en el mundo, soy luz del mundo»

He aquí la gran lección de este texto: puede haber un Dios que concibe ciegos, cojos, paralíticos, poseídos e, incluso, muertos. Lo podemos ver cada día en los medios de comunicación: el fanático que mata en nombre de Dios es un ciego ante la vida, un sordo al gemido de la víctima, alguien incapaz de caminar recto como caminan los hombres... Quien en nombre de Dios discrimina, juzga, condena y tortura es un instrumento del Dios-no-Dios. El Dios del que habla Jesús, el Dios que es Él mis-

mo, es sujeto de una relación que libera, que recupera para el disfrute de la vida, que proporciona el auténtico nombre de las cosas... En definitiva, Aquel que nos hace personas a su imagen y semejanza.

Segundo tema que queremos subrayar: la ceguera que sufrimos durante nuestra vida y de la cual no siempre somos conscientes. Alguien ha dicho que el pecado original coloca en nuestros inocentes ojos unas lentes que deforman la realidad: donde hay un jardín, nos hace ver un huerto, pensado y creado para comprar y vender, para el consumo insaciable. El reino del Tener.

Dado que todos nacemos así, llega a parecer a todos la cosa más normal vivir de acuerdo con esta primera visión adulterada de las cosas. Sobre todo si los esfuerzos de la sociedad a través de todos sus medios se concentra en impedir cualquier otra visión alternativa que podría hacer pensar. Y así nos va. Pensamos que la felicidad consiste en «vivir solamente de pan», en poner a Dios al servicio del Tener y del Poder, hacer de la vida una forma de cultivo del huerto, la única finalidad de la cual (¡la felicidad!) es conseguir que el huerto produzca más y más, ¡sin límites!

Pues bien: Jesús nos dice que las cosas no son así. Por este motivo, constantemente nos llama a la conversión: al cambio de visión, de mentalidad, de percepción. Nos dice que si el Absoluto no es el Tener ni las normas que consolida el Tener en el mundo, sino el Amor, entonces es necesario aprender a ver/mirar las cosas desde otra perspectiva. No es fácil, ciertamente. Y se hace mediante un proceso a menudo lento (el seguimiento) que se identifica con aprender a caminar con Jesús. Y que tiene un momento particularmente decisivo: el Bautismo. Lavar los propios ojos con el agua de la Palabra de Dios y dejarse sumergir por la gracia de los sacramentos provoca una consciencia alternativa, originada en una visión nueva de las cosas: la que recupera los orígenes y el esplendor de la creación. He aquí la segunda gran lección del texto de Juan, estrechamente ligada con la nueva manera de presentar a Dios que se encuentra desde el principio de la narración y que nosotros tenemos que hacer nuestra.



CONTEMPLACIÓN

Podemos hacer nuestra contemplación de hoy siguiendo los tres momentos que hemos encontrado en el texto:

- **Reza el padrenuestro muy despacio**, en el silencio de tu corazón; comprueba los sentimientos y sensaciones que se desvelan mientras lo haces; pide la gracia de conocer más y más al Dios-Amor, al Padre/Abbá. Y repite esta última expresión: Abbá...

- **Repasa tu relación con Dios**. Pregúntate si le temes: si temes un castigo, al Infierno, si temes no ser merecedor de su amor, si temes su justicia... Comprueba de qué te ha librado tu fe. Da gracias a Dios porque es así como Jesús nos ha explicado qué es. Y pídele que acabe en ti la buena obra que comenzó hace tantos años: la obra de tu aprendizaje del arte de amar, fuente única de la libertad.

- **Recuerda lo que te han contado de tu bautizo**, las manos que a este te llevaron, los brazos de los que te acercaron a la pila bautismal. Recuerda sus nombres y da gracias por ellos. Recuerda a las personas que te han acercado y te han hablado de Él: tus catequistas, los presbíteros con que te has encontrado... Toma consciencia de la suerte que supone ser miembro de la familia del Cristo y de formar parte de la «comunidad de los santos»: una humanidad inmensa, innumerable de mártires, de personas que confiesan su fe cada día, que se dan y lo dan todo ayer, hoy, siempre. Y no te canses de dar las gracias.



ORACIÓN

Hoy estaría bien, para finalizar esta reunión, renovar las promesas del Bautismo, en privado o en grupo. El texto se encuentra en el Misal Romano, en la celebración de la Vigilia Pascual. De manera que el Sábado Santo, al celebrar la Resurrección y hacer memoria del Bautismo, este año tenga para ti una repercusión especial y un nuevo significado.

